

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

EL LIBRO DE
LAS SOMBRAS
CONTADAS



minotauro

TERRY GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

1

EL LIBRO DE
LAS SOMBRAS
CONTADAS

minotauro

La Espada de la Verdad nº 01/17 El Libro de las Sombras Contadas

Wizard's First Rule (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 1994 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Joana Claverol

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1626-8

Depósito legal: B. 11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Era una enredadera de extraño aspecto. Abigarradas hojas de color oscuro crecían a lo largo de un tallo que estrangulaba el liso tronco de un abeto. La savia goteaba por la desgarrada corteza, y ramas secas se desplomaban, todo lo cual daba la impresión de que el árbol tratara de lanzar una queja al frío y húmedo aire de la mañana. Por todo lo largo de la enredadera sobresalían vainas, que casi parecía que miraran cautelosas alrededor por si alguien estuviera vigilando.

El olor fue lo primero que le llamó la atención, un olor semejante a la descomposición de algo muy desagradable incluso cuando estaba vivo. Richard se pasó la mano por su espesa mata de pelo mientras su mente se desprendía de la bruma de desesperación y se concentraba en observar la enredadera. Buscó otras, pero no había más. Todo lo demás parecía normal. Los arces del bosque Alto Ven estaban teñidos de carmesí y lucían con orgullo su nuevo manto, que se mecía en la suave brisa. Ahora que las noches eran cada vez más frescas, sus primos del bosque del Corzo, más al sur, no tardarían en imitarlos. Los robles se resistían a la nueva estación y aún conservaban sus copas color verde oscuro.

Richard había pasado la mayor parte de su vida en el bosque y conocía todas las plantas, si no por su nombre, sí de vista. Cuando aún era un niño su amigo Zedd solía llevarlo consigo a recolectar determinadas hierbas. Le había enseñado cuáles buscar, dónde crecían y por qué, y además le indicó el nombre de todo lo que se veía. Muchas veces se limitaban a hablar, y el anciano lo trataba como a un igual, tanto en sus respuestas como en sus preguntas. Zedd despertó en Richard la sed de aprender y de saber.

Pero esa enredadera sólo la había visto una vez anteriormente y no

fue en el bosque. Había encontrado una ramita en casa de su padre, en el tarro de arcilla azul que Richard hizo de niño. Su padre era un comerciante y casi siempre viajaba, con la esperanza de adquirir mercancías exóticas o poco habituales. La gente de posibles acudía a él, interesada por sus productos. Lo que de verdad le gustaba a su padre no era tanto encontrar como la búsqueda en sí y nunca le había dolido desprenderse de su último hallazgo, pues eso suponía emprender la busca del siguiente.

Desde temprana edad, Richard pasó mucho tiempo con Zedd cuando su padre estaba ausente. A Michael, el hermano de Richard, unos cuantos años mayor, no le interesaba el bosque ni lo que pudiera enseñarle Zedd. Prefería juntarse con gente rica. Unos cinco años antes Richard había abandonado la casa paterna para vivir solo, pero, a diferencia de su hermano, solía visitar a su padre. Michael siempre estaba ocupado y muy pocas veces se pasaba por allí. Cuando su padre no estaba, siempre dejaba a Richard un mensaje en el tarro azul en el que le comunicaba las últimas noticias, algún chismorreo o le contaba algo que había visto en sus viajes.

Tres semanas atrás, el día en que Michael fue a verlo para decirle que su progenitor había sido asesinado, Richard fue a casa de su padre, aunque su hermano insistió en que no había razón para ello, que él no podía hacer nada. Pero atrás había quedado el tiempo en que Richard hacía lo que le decía su hermano. La gente no lo dejó ver el cuerpo de su padre para ahorrarle el mal trago, pero a él se le revolvió el estómago al contemplar las grandes manchas y charcos de sangre marrón y reseca en el suelo de tablas. Cuando se acercó, los demás enmudecieron y sólo hablaron para ofrecerle sus condolencias, lo que intensificó el desgarrador dolor que sentía. No obstante, los oyó hablar en susurros de las historias y los absurdos rumores de las cosas que llegaban del Límite.

Hablaban de magia.

A Richard lo impresionó el estado en el que había quedado la pequeña casa de su padre; era como si una tormenta se hubiera desatado en su interior. Pocas cosas se habían salvado, entre ellas el tarro azul colocado encima de un anaquel. Dentro encontró la ramita de enredadera. Aún la llevaba en el bolsillo, pero no tenía ni idea de lo que su padre había querido decirle.

Richard se sentía invadido por el dolor y la tristeza y, aunque todavía le quedaba un hermano, se veía abandonado y solo en el mundo. Pese a que muy pronto sería un hombre hecho y derecho, sentía el mismo desamparo que un huérfano. Le ocurrió lo mismo de muy niño, cuando su madre murió. Sin embargo, aunque su padre solía estar ausente,

a veces durante semanas, Richard sabía que estaba en alguna parte y que regresaría. Pero ahora no volvería jamás.

Michael se negó a que Richard interviniera en la búsqueda del asesino; dijo que los mejores rastreadores del ejército ya lo estaban buscando y que, por su propio bien, él no debía participar. Así pues, Richard no le mostró la enredadera y cada día salía en solitario a la busca del asesino. Durante tres semanas se pateó todos los caminos y veredas del bosque del Corzo, incluso trochas que pocos conocían. Pero no halló nada.

Finalmente, y en contra de la razón, decidió seguir su intuición y se dirigió al bosque Alto Ven, cerca del Límite. Richard no podía librarse de la sensación de que él tenía la clave de por qué su padre había sido asesinado. Los susurros que oía en su cabeza se burlaban de él y lo atormentaban con pensamientos que en el último segundo se le escapaban, y se reían de él. Richard trató de convencerse de que no era algo real, que la pena le jugaba malas pasadas.

El joven pensó que la enredadera le daría alguna pista, pero ahora que la había encontrado, no sabía qué pensar. Los susurros ya no se burlaban de él, ahora rumiaban. Richard sabía que era su propia mente, que reflexionaba, y se dijo que debía dejar de pensar en ellos como si tuvieran vida propia. Zedd nunca lo haría.

Entonces alzó la mirada y contempló la agonía del gran abeto. De nuevo pensó en la muerte de su padre. La enredadera había estado allí y ahora estaba matando al árbol; no podía ser nada bueno. Ya no podía hacer nada por su padre, pero no iba a permitir que esa enredadera presidiera otra muerte. La agarró firmemente, tiró y con sus fuertes músculos arrancó del árbol los nervudos zarcillos.

Y entonces la enredadera lo mordió.

Una de las vainas lo atacó y le golpeó el dorso de la mano izquierda, haciendo que el joven saltara hacia atrás por el dolor y la sorpresa. Se inspeccionó la herida, que no era muy grande pero sí profunda, y vio algo parecido a una espina clavada en la carne. Decidido; la enredadera era un problema. Richard hizo ademán de asir el cuchillo para sacarse la espina, pero el cuchillo no estaba. Después de la primera sorpresa, el joven se reprendió a sí mismo por permitir que su estado de ánimo lo hiciera olvidar algo tan básico como llevarse un cuchillo cuando iba al bosque. A falta de algo mejor, usó las uñas para tratar de extraer la espina pero ésta, como si tuviera vida propia, se clavó más profundamente. Cada vez más inquieto, Richard arrastró la uña del pulgar por la herida para tratar de sacársela. Pero cuanto más hurgaba, más hondo se clavaba la espina. Una ardiente oleada de náuseas lo invadió mientras manipu-

laba la herida. Ésta se ensanchaba cada vez más, por lo que se detuvo. La espina había desaparecido entre la sangre que manaba.

Richard miró a su alrededor y distinguió las otoñales hojas violáceas de un pequeño viburno preñado de bayas azul oscuro. Debajo del arbusto, protegido por una raíz, encontró lo que buscaba: un aum. Aliviado, cortó con cuidado el tierno tallo cerca de la base y, suavemente, lo estrujó de modo que el líquido cayera en la herida. El joven sonrió mientras mentalmente daba las gracias al viejo Zedd por haberle enseñado que el aum ayudaba a que las heridas curaran más rápidamente. Cada vez que veía esas suaves hojas cubiertas de pelusilla se acordaba de Zedd. El jugo del aum anestesió la herida, pero no fue capaz de extraer la espina. Richard aún sentía cómo se clavaba en su carne.

El joven se agachó e hizo un agujero en la tierra con un dedo, puso dentro el aum y colocó musgo alrededor del tallo para que pudiera crecer de nuevo.

De pronto, el bosque quedó en silencio. Richard alzó la vista y se encogió al ver una gran sombra oscura que saltaba por encima de ramas y hojas. En el aire flotaba un susurro y un silbido. El tamaño de la sombra infundía pavor. Los pájaros, cobijados en los árboles, se dispersaron en todas direcciones lanzando trinos de alarma. Richard miró hacia arriba, tratando de distinguir la fuente de esa sombra entre las aberturas en el dosel verde y dorado. Tuvo una fugaz visión de algo grande, algo grande y rojo. No sabía qué podía ser, pero se estremeció al recordar los rumores y las historias de las cosas que venían del Límite.

Esa enredadera era un problema, se dijo de nuevo, y esa cosa en el cielo, otro. El joven recordó el viejo dicho de que no hay dos sin tres, y no tenía ningunas ganas de toparse con el tercero.

Descartando sus temores, echó a correr. «No es más que la cháchara de gente supersticiosa», se dijo y trató de imaginarse qué podía ser eso tan grande y rojo. Era imposible; no existía un ave de ese tamaño. Quizás era una nube o un efecto de la luz. Pero no podía engañarse a sí mismo. No era ninguna nube.

Mirando hacia arriba para localizar la sombra, el joven corrió hacia el sendero que bordeaba la ladera. Richard sabía que al otro lado de la vereda el terreno caía a pico, por lo que podría observar el cielo sin obstáculos. Las ramas de los árboles, todavía húmedas por la lluvia de la noche anterior, lo golpeaban en la cara mientras corría por el bosque, saltando por encima de árboles caídos y riachuelos cuajados de rocas. La maleza se le enganchaba en los pantalones, y la veteada luz del sol le tentaba a alzar los ojos, al tiempo que lo impedía ver. El joven jadeaba, un sudor frío le corría por el rostro y sentía que el corazón le latía con

fuerza mientras él descendía por la ladera sin aflojar el paso. Finalmente, emergió de entre los árboles, tambaleándose, y a punto estuvo de caerse de bruces en el sendero.

Escrutó el cielo y descubrió al ser. Aunque estaba demasiado lejos y era demasiado pequeño para saber qué era, le pareció que tenía alas. Richard entrecerró los ojos e hizo visera con la mano para protegerse del brillante azul del cielo, tratando de asegurarse de que, realmente, veía unas alas que se movían. Pero el ser se deslizó tras una colina y desapareció. Ni siquiera había averiguado si era de color rojo.

Sin aliento, el joven se dejó caer sobre una roca de granito situada a un lado de la senda y distraídamente fue arrancando las ramas muertas de un árbol joven mientras contemplaba el lago Trunt. Tal vez debería contar a Michael lo ocurrido, confiarle lo de la enredadera y el ser rojo en el cielo, aunque sabía que su hermano se reiría de esta última parte. Él mismo se había burlado de tales historias.

No, Michael se enfadaría si se enteraba de que se había acercado al Límite y contravenido sus instrucciones de quedarse al margen en la búsqueda del asesino. Richard sabía que su hermano se preocupaba por él, o no le daría tanto la lata. Ahora que ya era mayor, podía reírse de sus constantes órdenes, aunque tenía que seguir soportando sus miradas de desaprobación.

Richard cortó otra ramita y, lleno de frustración, la lanzó contra una roca plana. El joven decidió que no era nada personal, pues Michael siempre decía a todo el mundo qué tenía que hacer, incluso a su padre.

El joven alejó de su mente las duras críticas de su hermano. Ése era un día importante para él, pues iba a aceptar el puesto de Primer Consejero. Como tal, Michael estaría a cargo de todo; no sólo de la ciudad del Corzo sino de todas las ciudades y aldeas de la Tierra Occidental, además de la campiña. Sería el responsable de todo y de todos. Michael se merecía el apoyo de Richard y lo necesitaba, también él había perdido a su padre.

Por la tarde se celebraría una ceremonia y una gran fiesta en la casa de Michael, a la que acudirían importantes personas venidas de los rincones más remotos de la Tierra Occidental. Richard también había sido invitado. «Al menos, habrá montones de apetitosa comida», se dijo Richard, que de pronto se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo.

Sentado, observaba el lado opuesto del lago Trunt, allá abajo. Desde la altura en la que se encontraba, las transparentes aguas del lago revelaban en algunos puntos las rocas del fondo y, en otros, hierbas alrededor de profundos agujeros. El camino del Buhonero serpenteaba entre los árboles y seguía el borde del lago, por lo que algunos tramos eran clara-

mente visibles y otros permanecían ocultos. Richard había recorrido muchas veces esa parte del camino. En primavera la tierra junto al lago estaba mojada, pero ahora, tan avanzado el año, estaría seca. Más al norte y al sur, el camino culebreaba por el bosque Alto Ven y pasaba inquietantemente cerca del Límite, por lo que los viajeros solían evitarlo y preferían las sendas del bosque del Corzo. Richard era un guía y su trabajo consistía en conducir a los viajeros sanos y salvos por el bosque. La mayoría de tales viajeros eran dignatarios que necesitaban más el prestigio de contar con los servicios de un guía local que una auténtica orientación.

Sus ojos quedaron prendidos en un punto. Algo se movía. Deseoso de saber qué había visto, el joven escudriñó un punto situado en el extremo más alejado del lago, donde el camino pasaba por detrás de un fino velo de árboles. Al verlo de nuevo ya no tuvo duda: era una persona. Tal vez era su amigo Chase. ¿Quién si no un guardián del Límite se dedicaría a pasear por allí?

Richard se bajó de la peña de un brinco, se sacudió las ramitas y avanzó unos pasos. La figura seguía el camino hacia un lugar despejado al borde del lago. No era Chase, sino una mujer; una mujer ataviada con un buen vestido. ¿Qué hacía una mujer andando sola por el bosque Alto Ven, y además llevando un buen vestido? Richard contempló cómo caminaba junto al lago por el sinuoso camino, apareciendo y desapareciendo de la vista. No parecía llevar ninguna prisa, aunque tampoco paseaba lentamente. Más bien andaba con el paso acompasado de un viajero experimentado. Era lógico; no había ninguna casa cerca del lago Trunt.

Otro movimiento captó la atención del guía, y sus ojos escrutaron las sombras. Tres, no, cuatro, hombres cubiertos con capas y capuchas de color verde seguían a la mujer a una cierta distancia. Los perseguidores se movían sigilosamente, ocultándose tras árboles y rocas. Espiaban. Esperaban. Avanzaban. Richard se enderezó, con los ojos abiertos de par en par y profundamente atento.

Acechaban a la mujer.

La confirmación de que no había dos sin tres.



En un primer momento Richard se quedó paralizado, sin saber qué hacer. No podía estar seguro de que aquellos hombres acecharan a la mujer, pero si esperaba para cerciorarse sería demasiado tarde. ¿Quién le había dado a él vela en ese entierro? Además, ni siquiera llevaba un cuchillo. ¿Qué podía hacer un hombre desarmado contra cuatro? El joven siguió observando a la mujer y a los cuatro hombres que la seguían.

¿Qué oportunidad tenía la mujer?

Richard se agazapó, con los músculos tensos. El corazón se le aceleró mientras pensaba en las posibilidades. El sol de la mañana le hacía sudar y respiraba entrecortadamente. Sabía que del camino del Buhonero, un poco más adelante de donde se encontraba la mujer, partía un atajo. Trató de acordarse de dónde estaba exactamente. El principal desvío de la bifurcación, el de la izquierda, continuaba alrededor del lago y luego subía la colina, hacia el lugar desde el que Richard vigilaba. Si la mujer permanecía en el camino principal él podía esperarla y avisarla de que la seguían. Pero ¿y entonces qué? Además, tardaría demasiado y los hombres la atraparían antes de que llegara. Una idea empezó a tomar forma en su mente. El joven se levantó de un salto y emprendió un rápido descenso por el camino.

Si podía llegar hasta ella antes de que los hombres la alcanzaran, y antes de la bifurcación, la haría seguir el desvío de la derecha. Esa senda los alejaría de los árboles y los llevaría a unos salientes despejados, lejos del Límite y en dirección a la ciudad del Corzo. Si caminaban rápido les podrían dar esquinazo. Los hombres no sabrían que habían tomado ese desvío y pensarían, al menos durante el tiempo suficiente para engañarlos y ponerla a ella a salvo, que su presa continuaba en el camino principal.

Todavía exhausto por su anterior carrera, Richard corrió como una exhalación. Jadeaba. El camino volvía a discurrir entre los árboles, por lo que, al menos, no tenía que preocuparse de que los hombres lo vieran. Los rayos del sol destellaban entre las copas. El camino estaba flanqueado por viejos pinos, y un suave colchón de hojas amortiguaba sus pasos.

Ya había descendido una buena parte del sendero cuando empezó a buscar el desvío. No podía estar seguro del trecho que había recorrido; el bosque no le ofrecía ningún punto de referencia y tampoco recordaba exactamente dónde nacía el atajo. No era más que una trocha y era muy fácil pasar de largo. Pero el joven siguió adelante, con la esperanza de encontrárselo a cada nuevo recodo. Al mismo tiempo trataba de pensar en qué le diría a la mujer cuando llegara hasta ella. Su mente iba tan rápida como sus piernas. Era posible que lo tomara por un compinche de sus perseguidores, que se asustara o que no lo creyera. No tendría mucho tiempo para convencerla de que fuera con él, de que deseaba ayudarla.

Desde una pequeña elevación el joven buscó de nuevo el desvío, pero no lo vio y siguió corriendo. Ahora resoplaba. Sabía que si no llegaba a la bifurcación antes que ella, los dos estarían atrapados, y no tendría otra alternativa que dejar atrás a los hombres o luchar. Richard se sentía demasiado exhausto para plantearse ninguna de ellas. Este pensamiento le dio alas a los pies. El sudor le corría por la espalda y la camisa se le pegaba a la piel. El frescor de la mañana se había convertido en un calor asfixiante, aunque él sabía que sólo lo sentía así por el esfuerzo que realizaba. El bosque era una mancha borrosa que desfilaba a ambos lados.

Justo antes de una pronunciada curva a la derecha llegó por fin al atajo, y a punto estuvo de saltárselo. Buscó huellas, para comprobar si la mujer había pasado por allí y tomado la trocha. No había ninguna. Aliviado y agotado, Richard cayó de rodillas y se sentó en cuclillas, tratando de recuperar el aliento. Por ahora todo iba bien; había llegado a la bifurcación antes que ella. Ahora tenía que lograr que lo creyera antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras se apretaba con la mano derecha el costado, en el que sentía dolorosas punzadas, y trataba de recuperar el resuello, Richard empezó a preocuparse por la posibilidad de hacer el ridículo. ¿Y si no era más que una chica y sus hermanos que jugaban? Quedaría como un tonto. ¡Cómo se reirían de él!

El joven contempló la herida en el dorso de la mano, que se veía roja y le dolía. Asimismo recordó lo que había visto en el cielo y la decidida manera de andar de la desconocida; no parecía una niña que jugara.

Además, era una mujer y no una chica. Richard evocó el estremecimiento de temor que le habían provocado aquellos cuatro hombres. Era el tercer incidente extraño de la mañana: cuatro hombres siguiendo de cerca y sigilosamente a una mujer. No hay dos sin tres. No, se dijo meneando la cabeza, no se trataba de un juego. Él sabía qué había visto. No era un juego. La estaban acechando.

Richard se irguió un poco y sintió que su cuerpo emitía oleadas de calor. Se dobló por la cintura, con las manos abrazándose las rodillas, e inspiró profundamente antes de eguirse por completo.

Sus ojos se posaron en la mujer, que en ese momento doblaba el recodo y, por un instante, se quedó sin aliento. Su abundante y larga mata de brillante cabello castaño realzaba las curvas de su cuerpo. Era alta, casi tanto como él, y tendría aproximadamente la misma edad. Llevaba un vestido casi blanco, con escote cuadrado, y una pequeña bolsa de piel curtida a la cintura. La tela era fina y lisa, parecía incluso relucir. Richard nunca había visto un vestido igual, sin las habituales puntillas ni volantes, sin estampados ni colores que distrajeran del modo en que la tela moldeaba sus formas. Era un vestido simple y elegante. La mujer se detuvo y los largos pliegues del vestido, que arrastraba por el suelo, se arremolinaron regiamente en torno a sus piernas.

Richard se acercó y se detuvo a tres pasos de distancia, pues no quería parecer una amenaza. La mujer se mantenía derecha y en silencio, con los brazos a los lados. Sus cejas se arqueaban airosamente, como las alas de un halcón en pleno vuelo. Sus ojos verdes se posaron sin miedo en los del joven. La conexión fue tan intensa que a Richard le pareció que su propio yo se perdía en esa mirada. Sentía que la conocía desde siempre, que ella siempre había sido una parte de él, que las necesidades de esa mujer eran las suyas. La desconocida lo contenía con su mirada con la misma firmeza que una argolla de hierro; buscaba sus ojos como si fueran su alma, tratando de hallar una respuesta. «Estoy aquí para ayudarte», dijo Richard mentalmente, y nunca había dicho ni pensado algo más en serio.

La mirada de la mujer se relajó y lo dejó libre. En sus ojos Richard vio algo que lo atrajo más que su belleza: inteligencia. Ésta brillaba en sus ojos, ardía en ella y, por encima de todo, el joven sintió que aquella mujer era totalmente íntegra. Se sentía seguro.

Una alarma se disparó en su mente, recordándole por qué estaba allí y que no había tiempo que perder.

—Estaba allí arriba —dijo señalando—, y te he visto.

La mujer miró hacia donde señalaba. Él miró a su vez y se dio cuenta de que señalaba una maraña de ramas y hojas. No podían ver la coli-

na porque los árboles tapaban la vista. El joven bajó el brazo sin decir nada, y trató de obviar la plancha. Los inquisitivos ojos de la mujer volvieron a posarse en los suyos, a la espera.

—Estaba allí, sobre una colina —empezó de nuevo Richard, hablando bajo—. Te he visto andando por el camino que bordea el lago. Unos hombres te siguen.

La mujer no mostró ninguna emoción, pero no desvió la mirada.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Cuatro —respondió él, aunque la pregunta se le antojó extraña.

La mujer palideció.

Entonces volvió la cabeza, observando el bosque a su espalda y escrutando brevemente las sombras. Finalmente, sus verdes ojos buscaron de nuevo los de Richard.

—¿Quieres ayudarme? —Exceptuando su palidez, su exquisito rostro no revelaba ninguna emoción.

Antes de que su mente formulara el pensamiento, Richard se oyó a sí mismo contestar afirmativamente.

—¿Qué propones? —inquirió la mujer, y su semblante se suavizó.

—Hay una trocha que nace aquí. Si la tomamos y ellos continúan por el camino principal, podremos despistarlos.

—¿Y si no? ¿Y si nos siguen?

—Ocultaré nuestras huellas. —El joven meneaba la cabeza para tratar de tranquilizarla—. No nos seguirán. Vamos, no hay tiempo...

—¿Y si lo hacen? —lo interrumpió ella—. ¿Cuál es tu plan?

—¿Son muy peligrosos? —preguntó Richard tras estudiar brevemente la cara de la desconocida.

—Sí —respondió simplemente, y se puso tensa.

El modo en que pronunció el sí lo sobresaltó. Por los ojos de la mujer cruzó una fugaz mirada de puro terror.

—Bueno, la trocha es estrecha y escarpada —contestó Richard, pasándose una mano por el pelo—. No podrán rodearnos.

—¿Vas armado?

El joven negó con la cabeza, demasiado enfadado consigo mismo por haberse olvidado el cuchillo para responder en voz alta.

La mujer asintió y dijo:

—Entonces debemos darnos prisa.

Tras tomar la decisión no cruzaron ni media palabra más, pues cualquier sonido podría delatarlos. Richard borró sus huellas y le indicó por señas que fuese ella delante, de modo que él quedara entre la mujer y

sus perseguidores. La mujer no vaciló. Los pliegues de su vestido ondearon tras ella cuando avanzó. Los jóvenes y exuberantes árboles del Ven se apiñaban a los lados de ambos, convirtiendo la vereda en una estrecha, sombría y verde vía amurallada que se abría paso entre la maleza y el ramaje. No podían ver nada a su alrededor. Richard iba mirando tras de sí, aunque la vista apenas le alcanzaba. La mujer avanzaba con prontitud, sin necesidad de que él la animara.

Al rato la trocha se hizo más empinada y rocosa, y los árboles empezaron a ralear, con lo que se les ofreció una vista más amplia. La trocha serpenteaba bordeando profundos cortes en el terreno y cruzando quebradas cubiertas de hojas. Las hojas secas se dispersaban a su paso. Los pinos y abetos fueron sustituidos por árboles de madera noble, en su mayoría abedules. El sol se filtraba entre las ramas, que se balanceaban sobre sus cabezas y formaban pequeñas manchas luminosas en el suelo del bosque. Los puntos negros en las cortezas blancas de los abedules daban la impresión de ser cientos de ojos que los vigilaran. Salvo por el estridente graznido de algunos cuervos, en el bosque reinaba un absoluto silencio.

Al llegar a la base de una pared de granito que seguía la trocha, Richard le hizo un gesto para que se acercara, y a continuación se llevó un dedo a los labios para indicarle que debía caminar con mucho cuidado para no hacer ruidos, pues delatarían su posición a sus perseguidores. Cada vez que un cuervo graznaba, el eco difundía el sonido por las colinas. Richard conocía aquel lugar; la forma de la pared de roca podía transportar el sonido a kilómetros de distancia. El joven indicó a la mujer las rocas redondas cubiertas de musgo desparramadas por el liso suelo del bosque. La idea era que caminaran sobre ellas para evitar romper las ramitas ocultas bajo el manto de hojas. Richard apartó algunas hojas para mostrarle las ramas, fingió romperlas y acto seguido se llevó una mano a la oreja. La mujer asintió para indicarle que lo comprendía, se arremangó la falda del vestido con una mano y se dispuso a pisar la primera de las rocas. Richard le tocó un brazo para que volviera a mirarlo y fingió que resbalaba y caía, advirtiéndole así que el musgo estaba resbaladizo. Ella sonrió y asintió de nuevo antes de proseguir. Su inesperada sonrisa emocionó al joven y mitigó su profundo temor. Mientras saltaba de una roca a otra, Richard se permitió confiar en que lograrían escapar.

A medida que la vereda ascendía, los árboles fueron haciéndose menos numerosos. El suelo rocoso no era el más adecuado para que echaran raíces. Muy pronto, los árboles sólo crecían en grietas y se veían nudosos, retorcidos, esmirriados, para no dar la menor oportunidad al viento, que podría arrancarlos de su precario anclaje.

Silenciosamente la pareja dejó atrás los árboles y avanzó por los salientes. Ahora la senda no estaba claramente marcada y había muchos senderos falsos. La mujer volvía a menudo la cabeza para que el joven la guiara en la dirección correcta señalando o con un cabeceo. Richard se preguntaba cuál sería su nombre, pero el temor a sus cuatro perseguidores lo impedía hablar. Aunque la trocha era empinada y difícil, no tuvo que aminorar el paso por ella. La mujer era una buena andarina. Richard se fijó en que llevaba unas buenas botas de piel suave, el tipo de calzado que se pondría un viajero experimentado.

Hacia más de una hora que habían abandonado el bosque y subían a pleno sol por los salientes. Se dirigían al este, aunque después la vereda torcería al oeste. Los hombres que los seguían tendrían que mirar con el sol de cara para poder verlos. Richard procuraba que la mujer avanzara lo más agachada posible y lanzaba frecuentes vistazos hacia atrás, buscando cualquier signo de los hombres. Cuando los vio a orillas del lago Trunt se escondían, pero ahora no había lugar donde ocultarse. No había ni rastro de ellos, y Richard empezó a sentirse mejor. Nadie los seguía y, probablemente, ya se encontraban a kilómetros del camino del Buhonero. Cuanto más se alejaron del Límite, mejor se sentiría él. Su plan había funcionado.

Puesto que, al parecer, nadie los seguía, Richard deseó poder detenerse para descansar y aliviar el dolor de su mano, pero ella no daba ninguna muestra de que necesitara ni deseara una pausa. La mujer seguía adelante como si sus perseguidores les pisaran los talones. Richard recordó su mirada cuando le preguntó si eran peligrosos y desechó al instante cualquier pensamiento de detenerse.

A medida que la mañana iba avanzando se intensificaba un calor poco habitual en aquella época del año. El cielo era de un brillante color azul, salpicado únicamente por un puñado de tenues nubes blancas que avanzaban perezosamente. Una de ellas parecía una serpiente con la cabeza inclinada y la cola levantada. Era una forma tan poco usual que Richard recordó haberla visto antes ese mismo día, ¿o fue el anterior? Tendría que hablarle de ella a Zedd la próxima vez que se encontraran. Zedd leía las nubes, y si Richard se olvidaba de mencionarle que la había visto, tendría que soportar un sermón de una hora sobre la importancia de las nubes. Probablemente Zedd la estaba observando en ese mismo instante y se preguntaría, inquieto, si Richard se había fijado en ella.

La senda los condujo a la cara meridional de la pequeña Montaña Azul, por donde cruzaba un precipicio cortado a pico que daba nombre al monte. La trocha cruzaba el barranco a media altura y ofrecía una

vista panorámica de la parte sur del bosque Alto Ven y, a la izquierda, casi oculta tras la pared de roca, las altas y escarpadas cumbres que pertenecían al Límite. Richard distinguió unos agonizantes árboles marroños que resaltaban contra el manto verde. Más arriba aún, más cerca del Límite, los árboles muertos eran numerosos. El joven se dio cuenta de que contemplaba los estragos de la enredadera.

Ambos cruzaron rápidamente el precipicio. Estaban completamente a la vista y sin ningún lugar en el que ocultarse, por lo que cualquiera podría verlos con suma facilidad. Sin embargo, al otro lado la senda empezaría a descender hacia el bosque del Corzo y después hacia la ciudad. Aunque los hombres se dieran cuenta de su error y los siguieran, Richard y la mujer les llevaban mucha ventaja.

Al aproximarse al otro lado del barranco la senda cambiaba. Ya no era una trocha estrecha y traicionera, sino que se ensanchaba lo suficiente para que dos personas pudieran andar una al lado de la otra. Richard rozaba con la mano derecha la pared de roca, tratando de calmarse, al tiempo que miraba por el costado el suelo sembrado de rocas que se extendía a un centenar de metros a sus pies. Se volvió otra vez para comprobar que nadie los seguía. Perfecto.

Al volverse de nuevo, la mujer quedó paralizada, y los pliegues del vestido se le arremolinaron alrededor de las piernas.

Delante de ellos, en la senda que un momento antes estaba vacía, habían aparecido dos de los hombres. Richard era más corpulento que la mayoría de los hombres, pero aquéllos lo superaban. Llevaban capas y capuchas de un verde oscuro que les ocultaban el rostro, pero que no lograban disimular la corpulencia de sus musculosos cuerpos. Los pensamientos se agolpaban en la mente del joven mientras trataba de imaginarse cómo se las habrían arreglado para adelantarlos.

Hombre y mujer se volvieron, dispuestos a echar a correr. De arriba cayeron dos cuerdas, y los otros dos hombres se descolgaron por ellas y aterrizaron pesadamente en la senda, cortándoles la retirada. Eran tan corpulentos como los dos primeros. Las hebillas y correas de cuero que llevaban bajo las capas sujetaban un verdadero arsenal de armas, que relucían a la luz del sol.

Richard se volvió hacia los dos primeros, los cuales se echaron atrás las capuchas tranquilamente. Ambos eran rubios, de cuello recio, y mostraban rostros de facciones duras pero apuestas.

—Tú puedes pasar, chico. Sólo la queremos a ella. —La voz del hombre sonaba profunda y casi amistosa. No obstante, contenía una amenaza tan cortante como el filo de una espada. Mientras hablaba, el hombre se quitó los guantes de piel y se los guardó en el cinturón, sin

dignarse mirar a Richard. Obviamente, no lo consideraba un obstáculo. Parecía ser el jefe, pues los otros tres aguardaban en silencio.

Richard nunca se había encontrado en una situación similar a aquella. Él nunca se permitía perder los estribos y su simpatía lograba casi siempre convertir los ceños en sonrisas. Y, si las palabras no bastaban, era lo suficientemente rápido y fuerte para poner fin a las amenazas antes de que nadie resultara herido, o simplemente daba media vuelta y se iba. Pero sabía que aquellos hombres no querían hablar y era evidente que no le tenían miedo. El joven deseó poder dar media vuelta e irse.

Richard buscó los ojos verdes de la desconocida y contempló el semblante de una mujer orgullosa que le imploraba ayuda.

—No pienso abandonarte —le susurró con voz firme, inclinándose hacia ella.

El rostro de la joven reflejó alivio. Entonces, asintió levemente y posó una mano en el antebrazo de Richard.

—Quédate entre ellos y no permitas que me ataquen todos a la vez —susurró la mujer—. Y no me toques cuando se acerquen a mí. —La mano de ella le apretó el brazo y sus ojos no se apartaron de los del joven, esperando la confirmación de que había entendido sus instrucciones. Richard asintió—. Que los buenos espíritus nos amparen —dijo ella.

Entonces dejó que ambas manos le cayeran a los costados y se volvió para encararse a los dos hombres de su espalda. Tenía el rostro muy sereno y desprovisto de cualquier emoción.

—Lárgate, chico. —La voz del jefe sonaba más dura, y sus feroces ojos azules relampagueaban—. Es mi última oferta —masculló.

Richard tragó saliva y procuró que su voz sonara segura de sí.

—Ambos pasaremos. —El corazón parecía que se le quería salir por la boca.

—No será hoy —replicó el jefe de modo tajante. Dicho esto, sacó un cuchillo curvo de inquietante aspecto.

El otro hombre desenvainó una espada corta que llevaba a la espalda y, con una depravada sonrisa, se la pasó por el interior de su musculoso antebrazo, manchando la hoja de sangre. A su espalda Richard percibió el sonido del acero al ser desenvainado. El miedo lo tenía paralizado. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. No tenían ninguna posibilidad. Ninguna.

Por un breve instante nadie se movió. Richard se encogió cuando los cuatro hombres profirieron gritos de batalla, como hombres dispuestos a morir en un combate a muerte. Entonces lanzaron una aterradora carga, todos a una. El que enarbolaba la espada corta arremetió contra

Richard. Mientras lo veía acercarse, el joven oyó detrás de él cómo otro de los hombres agarraba a la mujer.

Entonces, cuando ya casi tenía al atacante encima, se produjo un fuerte impacto en el aire, como un trueno silencioso. No obstante, fue tan violento que sintió un agudo dolor en todas las articulaciones del cuerpo. A su alrededor se levantó un polvo que se extendió en círculo.

El hombre de la espada también se resintió y, por un instante, se olvidó de Richard para concentrarse en la mujer. Se precipitó contra ella. Richard se apoyó en la pared de roca y lo golpeó en pleno pecho con ambos pies tan fuerte como pudo, lanzando al atacante fuera de la senda, hacia el vacío. Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente por la sorpresa al tiempo que caía de espaldas hacia las rocas de abajo, sosteniendo aún la espada en alto con ambas manos.

Richard se llevó un buen susto al ver que uno de los dos atacantes que tenían a su espalda también caía al vacío, con el pecho desgarrado y cubierto de sangre. Antes de poder pensar en ello, el jefe cargó contra la mujer con su cuchillo curvo. Al pasar junto a Richard, lo golpeó con la base de la mano en el centro del pecho. El golpe dejó al joven sin resuello y lo empujó con fuerza contra la pared, impulsando su cabeza contra la roca. Mientras pugnaba por permanecer consciente, el único pensamiento de Richard era que tenía que detenerlo antes de que llegara a la mujer.

Haciendo acopio de unas fuerzas que no sabía que poseía, agarró al hombre por su fornida muñeca y lo obligó a darse la vuelta. El cuchillo trazó un arco hacia él, la hoja brillando a la luz del sol. Los ojos azules del atacante reflejaban un hambre asesina. Richard no había estado tan asustado en su vida.

En ese instante supo que estaba a punto de morir.

Entonces, el último hombre, armado con una espada corta cubierta de sangre, pareció salir de la nada para chocar contra el jefe y hundirle el acero en el vientre. El choque fue tan violento que lanzó a ambos por el precipicio. El grito de rabia del último hombre se oyó durante toda la caída, hasta que se estrelló contra las rocas del fondo.

Un atónito Richard se asomó por el borde, sin poder apartar la vista. Con cierta renuencia se volvió hacia la mujer, temeroso de mirar, aterrizado de encontrársela cubierta de sangre y muerta. Pero ésta estaba sentada en el suelo, apoyada contra la pared del precipicio, exhausta pero ilesa. Tenía una mirada ausente. Todo había acabado de manera tan repentina que Richard no comprendía qué había pasado ni cómo. De pronto él y la mujer estaban solos, en silencio.

El joven se dejó caer junto a ella en la roca calentada por el sol. El golpe en la cabeza contra la pared le había provocado un intenso dolor.

Richard no le preguntó si estaba bien, era evidente. Se sentía demasiado abrumado para poder hablar y notaba que a ella le ocurría lo mismo. La mujer se dio cuenta de que tenía sangre en el dorso de la mano y se la limpió en la pared, añadiendo una mancha de sangre a las ya existentes. Richard creyó que iba a devolver.

No podía creer que siguieran vivos. Parecía imposible. ¿Qué había sido ese trueno silencioso? ¿Y el dolor que le causó? Nunca antes había visto nada igual. Se estremecía al recordarlo. Fuera lo que fuese, ella tenía algo que ver, y le había salvado la vida. Había sido algo sobrenatural, y Richard no sabía si quería conocer más detalles.

La mujer recostó la cabeza contra la roca, la volvió hacia el joven y le dijo:

—Ni siquiera sé tu nombre. Quería preguntártelo antes, pero me daba miedo hablar. —Con un gesto vago señaló el borde del precipicio—. Estaba muy asustada... No quería que nos encontraran.

Por su voz Richard pensó que iba a echarse a llorar y la miró. Su impresión había sido equivocada, pero él sí tenía ganas de llorar. El joven asintió para indicar que la comprendía.

—Me llamo Richard Cypher.

Los ojos verdes de la mujer escrutaron la faz del joven. La suave brisa impulsaba mechones de pelo hacia su rostro.

—Hay muy pocas personas que se hubieran quedado junto a mí —dijo ella con una sonrisa. A Richard su voz le pareció tan atractiva como el resto de su persona. Hacía juego con la chispa de inteligencia que brillaba en sus ojos. El joven se quedó casi sin aliento—. Eres una persona excepcional, Richard Cypher.

El joven notó consternado que se ruborizaba. La mujer desvió la mirada, fingiendo que no lo notaba, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara.

—Yo me llamo... —empezó a decir ella, pero se lo pensó mejor, se volvió hacia él y añadió—: Me llamo Kahlan. Kahlan Amnell.

—Tú también eres una persona excepcional, Kahlan Amnell —dijo el joven, mirándola fijamente a los ojos—. Hay muy pocas personas capaces de enfrentarse a esos hombres como has hecho tú.

La mujer no se ruborizó pero sonrió de nuevo. Era una sonrisa extraña, una sonrisa especial que esbozaba con los labios apretados y sin mostrar los dientes; el tipo de sonrisa de alguien que decide confiar en otra persona. Sus ojos centelleaban. Era una sonrisa cómplice.

Richard se llevó la mano a la parte posterior de su dolorida cabeza, se palpó el chichón y con los dedos comprobó si sangraba. En contra de lo que esperaba, no lo hacía. Entonces volvió a fijar la vista en la mujer,

preguntándose qué habría ocurrido, qué habría hecho ella y cómo. Primero estaba lo del trueno silencioso, luego había arrojado a uno de los hombres al vacío, otro había matado al jefe en vez de a ella y después se había suicidado.

—Bueno, Kahlan, amiga mía, ¿puedes decirme por qué nosotros estamos vivos y ellos han muerto?

—¿Lo dices en serio? —inquirió la mujer sorprendida.

—¿El qué?

—Lo de amiga —respondió en tono vacilante.

—Pues claro. —Richard se encogió de hombros—. Acabas de decir que no te he abandonado. Eso sólo lo haría un amigo, ¿no? —El joven le sonrió.

—No lo sé —replicó Kahlan, volviendo la cabeza. Manoseó una manga del vestido y bajó la vista—. Yo nunca he tenido un amigo. Excepto, quizá, mi hermana... —La voz de Kahlan expresaba un profundo pesar.

—Bueno, ahora tienes uno —repuso el joven en su tono más jovial—. Después de todo, acabamos de pasar juntos un mal trago. Nos hemos ayudado y hemos logrado sobrevivir.

La mujer se limitó a asentir. Richard dejó vagar la mirada por el Ven, el bosque que tan bien conocía. A la luz del sol, el verde de los árboles parecía luminoso y exuberante. Unas manchas marrones a la izquierda le llamaron la atención; correspondían a árboles muertos o moribundos rodeados por otros sanos. Hasta esa mañana, en que encontró la enredadera y ésta lo mordió, no había sospechado que hubiera llegado hasta allí arriba, hasta el Límite. Richard casi nunca se internaba en el bosque Ven tan cerca del Límite. Otras personas se mantenían a kilómetros de distancia y los únicos que se aproximaban eran los viajeros que pasaban por el camino del Buhonero o los cazadores, aunque se cuidaban de guardar las distancias. El Límite era la muerte. Se decía que quien se aventuraba en el Límite no sólo arriesgaba la vida sino también el alma. Los guardianes se encargaban de mantener lejos a la gente.

—¿Y qué hay de lo otro? —preguntó, mirándola de soslayo—. Me refiero a que sigamos vivos. ¿Cómo es posible?

—Creo que los buenos espíritus nos han protegido —contestó Kahlan, rehuyendo los ojos del joven.

Richard no creyó ni media palabra pero, por mucho que deseara conocer la respuesta, no iba a obligarla a decir algo que no quería. Su padre le había enseñado a respetar el derecho de los demás a guardar sus secretos. A su debido tiempo, y si lo deseaba, Kahlan se le confiaría, pero él no la forzaría.

Todo el mundo tiene secretos, incluso él mismo. De hecho, el asesinato de su padre y los acontecimientos de ese día habían removido cosas en las que el joven prefería no pensar.

—Kahlan —dijo, procurando que su voz sonara tranquilizadora—, ser amigos no significa que tengas que contármelo todo.

La mujer no lo miró, pero asintió.

Richard se puso en pie. La cabeza le dolía, al igual que la mano, y ahora se daba cuenta de que también el pecho, donde aquel hombre lo había golpeado. Para acabarlo de rematar, recordó que tenía hambre. ¡Michael! Había olvidado por completo la fiesta de su hermano mayor. El joven miró al sol y supo que iba a llegar tarde. Ojalá no se perdiera el discurso. Se llevaría a Kahlan consigo, le contaría a su hermano lo de aquellos hombres y le proporcionaría a su nueva amiga protección.

Tendió la mano a Kahlan para ayudarla a levantarse. Ésta lo miró sorprendida. Richard no retiró la mano. La mujer lo miró a los ojos y aceptó la ayuda.

—¿Es que ningún amigo te ha tendido la mano? —inquirió Richard con una sonrisa.

—No —contestó ella, apartando los ojos.

El joven percibió que se sentía incómoda y cambió de tema.

—¿Cuándo ha sido la última vez que comiste algo?

—Hace dos días —repuso ella sin mostrar ninguna emoción.

Richard enarcó las cejas.

—Entonces debes de estar más hambrienta que yo. Vamos, te llevare a casa de mi hermano. —El joven se asomó por el borde del precipicio y añadió—: Tendremos que decirle lo de los cuerpos. Él sabrá qué hacer. —Y volviéndose otra vez hacia ella, preguntó—: Kahlan, ¿sabes quiénes eran esos hombres?

—Se los conoce como «cuadrilla» —contestó la mujer con mirada dura—. Son, bueno, son como asesinos a sueldo que van en grupos de cuatro. Matan a personas. —Su rostro recuperó la tranquila serenidad que mostraba la primera vez que Richard la vio—. Creo que cuantas menos personas sepan que estoy aquí, más segura estaré.

El joven se sobresaltó; nunca había oído nada parecido. Se pasó la mano por el pelo, tratando de pensar. Su mente se vio asaltada de nuevo por sombríos pensamientos. Por alguna razón, lo aterrizzaba lo que la mujer pudiera decir, pero tenía que preguntar. Y así lo hizo, mirándola fijamente a los ojos y, esta vez, esperando la verdad:

—Kahlan, ¿de dónde ha venido esa cuadrilla?

La mujer estudió el rostro del joven unos momentos antes de contestar.

—Supongo que me siguieron el rastro por la Tierra Central y a través del Límite.

Richard notó una sensación de frío en la piel y un picor que le subía por los brazos hasta la nuca, poniéndole de punta los finos pelos de esa zona. Una ira profundamente enterrada dentro de sí se despertó y sus secretos se removieron.

Tenía que estar mintiendo. A nadie se le ocurriría cruzar el Límite. Absolutamente a nadie.

Nadie podía entrar ni salir de la Tierra Central. El Límite era una suerte de muralla infranqueable desde antes de que él naciera.

Era una tierra mágica.